

VI

Ya habéis visto á los defensores de Sebastopol en el lugar mismo de la defensa y volvéis á la ciudad sin hacer caso de las granadas y de las balas que continúan silbando por toda la carretera. Marcháis con el espíritu tranquilo y el alma elevada. La idea de que es imposible quebrantar, poco ni mucho, la fuerza del pueblo ruso, es la principal convicción consoladora que habéis adquirido, y lo veis no en este conjunto de parapetos, de trincheras y de ruínas, de cañones amontonados unos encima de otros y de lo cual apenas comprendéis nada, sino que lo habéis visto en los ojos, en las palabras, en las actitudes, en eso que se llama «el alma» de los defensores de Sebastopol. Lo que ellos hacen lo hacen tan simple y naturalmente, sin ninguna clase de esfuerzo, que os quedáis convencidos de que ellos pueden alcanzar á todo. Allí comprendéis que no es el mezquino sentimiento de ambición y de olvido que vosotros habéis sentido, el que hace mover estos hombres, sino otro más poderoso, que les hace vivir tranquilamente bajo las balas y con cien probabilidades de muerte en vez de una, como tienen los demás mortales, sufriendo ayunos y privaciones, ó grandes peligros de morir; no hay amenazas que puedan hacer aceptar esas condiciones, debe haber otra causa noble y poderosa, y esta causa es un sentimiento raramente manifestado y escondido en el fondo del alma de cada ruso, es el amor á la patria. Solamente así los relatos sobre los primeros días del sitio de Sebastopol, cuando no había ni fortificaciones, ni cañones, ni ejército, ni ninguna probabilidad de poder guardar la ciudad, sin que hubiese, empero, ningún ruso que creyese que se rendiría al enemigo; cuando ese héroe digno de la Grecia antigua, el inmortal Kornilov, decía á los soldados: «Muramos, hijos míos, pero no rindamos Sebastopol» y que nuestros rusos, incapaces de ninguna clase de afectación, respondían: «Muramos, hurra!» solamente así, digo, estos relatos dejarán de ser para vosotros una bella tradición histórica y pasarán á ser una realidad de hecho. Así comprenderéis enteramente

á estos hombres, á estos héroes que, durante aquellos penosos tiempos no desmayaron, al contrario, elevaban su alma y con júbilo se preparaban á morir, no por la ciudad, mas si por la patria. Esta epopeya de Sebastopol, esta epopeya en la que el héroe fué el pueblo ruso, dejará en toda Rusia grandes y duraderos recuerdos.

El día descendiendo ya; el sol, antes de ocultarse, muéstrase un punto detrás de las nubes grises que cubren el cielo y, de un golpe, iluminanse de un color rojo las blancas nubes, el azulado mar, cubierto de navíos y de botes balanceados por las olas, anchas y regulares, las blancas casas y la gente que circula por las calles. Sobre el agua se dispersan los sonidos de un viejo vals tocado por una música militar en el paseo y los cañonazos que, desde las trincheras, parecen contestar á la música con profunda extrañeza.